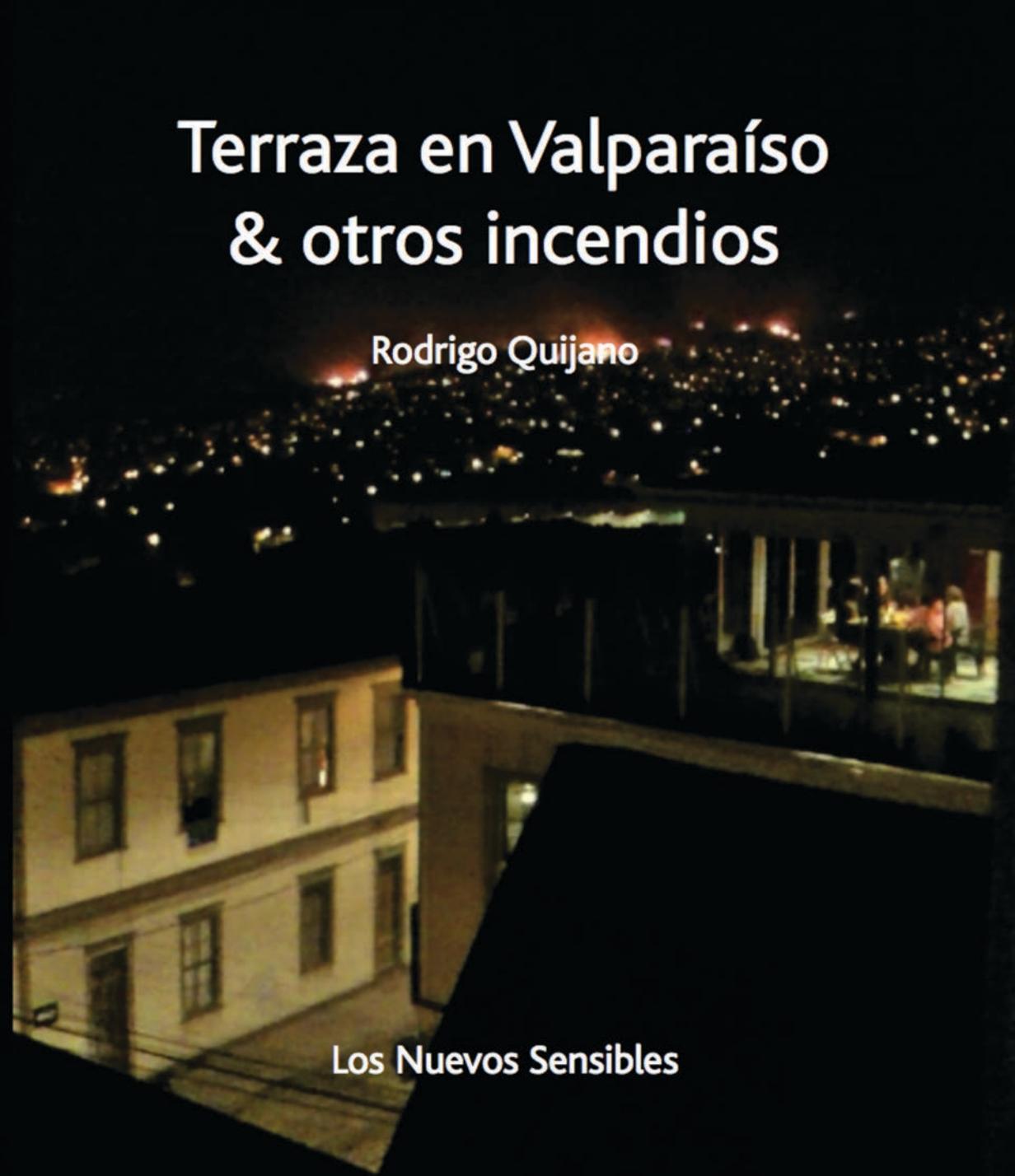


Terraza en Valparaíso & otros incendios

Rodrigo Quijano

Los Nuevos Sensibles



Terraza en Valparaíso & otros incendios

Rodrigo Quijano

A mediados de abril del 2014 un incendio arrasó con parte importante de los barrios más pobres en los cerros de Valparaíso. Se estima que el fuego dejó sin vida a dieciséis personas, heridas a más de quinientas, sin vivienda a doce mil quinientas y dejó en cenizas mil hectáreas de vegetación.

Como si hubiera sido atraída por las palabras, la fatalidad empezó en el sector conocido como La Pólvora, luego se extendió al de Las Cenizas y de ahí se reprodujo paso a paso hasta poner en peligro a una vasta extensión de la ciudad, en un proceso que duró más de dos días. Ese fue tiempo suficiente para que el fuego fuera armando y desarmando toda clase de expectativas en la población afectada, echando a andar la combustión de un suspenso que mantuvo en vilo a la población, que vio las llamas acercarse y alejarse, meras cómplices de la voluntad del viento irresponsable



Sebastián Ríffo. *La noche del 12 de abril*. Carboncillo sobre papel, 1,60 x 1,07 mt, 2014.

e indeciso. Se organizaron cadenas de apoyo, comités de evacuación, actividades solidarias. Y en los días siguientes voluntarios de varios lados del país participaron enérgicamente en tareas de ayuda llevando almuerzos o dando abrigo, apoyando donde era necesario. Las historias y tragedias del que se considera ahora el incendio más grande que haya tenido la ciudad en muchas décadas confirman de diversos modos, como ya se sabe, que en los desastres de estas características el dato social de la miseria, la precariedad y la falta de planificación suele estar muy por encima de los elementos naturales de mayor protagonismo. En eso (para torcer el dicho) hay algo que el fuego no puede nunca purificar, ni mucho menos redimir. Y Valparaíso es una ciudad de incendios. En junio del mismo año y luego de una ausencia de mucho tiempo desembarqué en Valpo, un día con mucho sol y sin mucho viento.

En el segundo día de mi estadía, mis anfitriones, los artistas Vicente Vargas, José Pablo Díaz, llamado Cordero, Rodrigo Vergara y yo subimos al camino La Pólvara a mirar los escombros y los trabajos de reconstrucción. Valparaíso está armada sobre 42 cerros. Desde la parte alta se puede adivinar cuáles son los once afectados casi con una sola mirada. Lo que me impacta de la pobreza en las quebradas y los cerros de Valparaíso son siempre los parecidos con otras zonas de igual pobreza; no sus diferencias, no la idiosincrática manera hechiza de toda población por arreglárselas o recurrirse en la escasez, sino su mera familiaridad. En este caso, además, es la carbonización de los escombros la que delinea el parecido con otros territorios. Las razones por las que la gente decide

vivir en altura se definen casi siempre por el deseo de una minoría en estar distante o por tener una vista contemplativa. En el resto es por no tener elección. Un arquitecto que llegó a ser presidente del Perú dijo, al referirse a los nuevos pobladores empobrecidos de los cerros que rodeaban el centro de la capital, que era normal que viniendo de los Andes buscaran lo más parecido al territorio del que habían migrado, pero obliteró cuidadosamente la sórdida precariedad de la vivienda y la completa falta de servicios. Para los pobladores de la parte alta de Valparaíso los desafíos de cada día son el acceso a pie a lugares donde no llegan el transporte ni el socorro y la convivencia con el entorno natural, traicionero e inflamable.

Desde lo alto lleno mis pulmones
del viento húmedo y helado de las
seis. Como en un cuadro pío, entre
las nubes que anuncian la lluvia: aún
alcanzo a ver el sol brillar sobre la
superficie del mar.

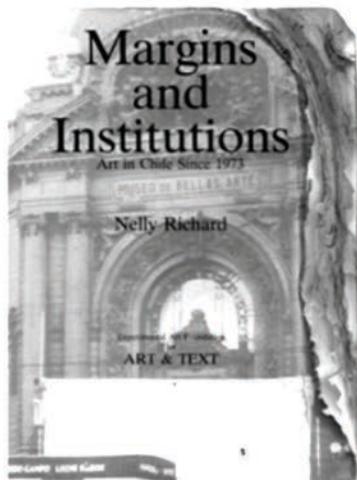
No tengo acceso a muchas imágenes. Algunas fotos de archivo, imágenes del periodismo sobre todo. Una de las que más me llama la atención, sin embargo, proviene de un sencillo video casero que hizo desde su teléfono el artista Rodrigo Vergara una de las noches del incendio. Dura tan solo unos segundos y es una toma nocturna que muestra al fondo el horizonte montañoso recortado por las llamas enrojecidas y en el primer plano un cómodo living o terraza vista de arriba, en el que unas personas reunidas celebran, conversan, toman o juegan algo. O quizás, como se ha vuelto a veces costumbre, están reunidos para tener una mejor vista del incendio ya espectacularizado. Pero el still en realidad está lejos de la mirada instrumental y distractiva del periodismo y posee algo de la atmósfera intimista de *Nighthawks*, el cuadro de Edward Hopper, en el armonioso contraste sintetizado de la tela famosa, en la reflexión menos metafísica que nostálgica sobre el solitario extremo de la madrugada, aquí virtualmente duplicada en esa terraza iluminada con calidez en medio de la noche oscura del incendio. Ahí el perfil rojizo en el horizonte de la terraza de Valparaíso, se vuelve un mero dato de intensidad cromática frente al cual se produce la animada reunión social al abrigo del incendio y de la noche. Arriba al fondo en el horizonte: el incendio es una señal decorativa que no inquieta a los comensales.

La imagen, que previsiblemente ya bautizamos entre todos como Hopper, además de capturar el momento particular en que un drama colectivo se vive de maneras tan dispares en un mismo espacio urbano, es además y en cierto modo una mirada implacable respecto de la contemplación. De la ajena y de la propia, se entiende, pues es fruto del ocio voyeurista que define la distancia social, espacial, virtual que nos mantiene a salvo y que define todo privilegio. Hay algo neroniano quizás en esa terraza y en la terraza desde la cual contemplamos mediatizados la catástrofe en este preciso

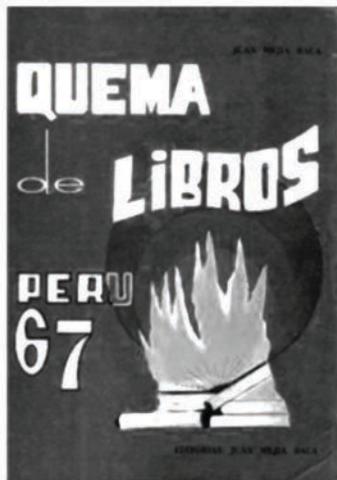
momento. La manera en que se supone que Nerón hizo prender fuego a Roma y se sentó a contemplar las llamas mientras cantaba los versos sobre Príamo incendiando Troya. Un rumor infundado, según algunos historiadores; el subterfugio por el cual quiso inculpar a una nueva secta religiosa dogmática y beligerante y desatar una represión en forma, según otros. Las versiones se reproducen y difieren todas entre sí. Lo cierto es que de los catorce barrios de Roma solo cuatro quedaron intactos después del fuego, si bien poco se sabe de la suerte de sus 800.000 habitantes calculados para ese entonces y se ignora por completo el número de víctimas. Se sabe, sí, que la estrechez de las calles, la poca accesibilidad a las colinas, a los tugurios y la densidad de sus habitaciones impidieron todo tipo de socorro y la ciudad ardió durante siete días. Se dice, asimismo, que cohortes oficiales y la tropa misma impidieron todo esfuerzo de los habitantes por apagar los focos. Los historiadores, actores instrumentales de los intereses de ese y otros poderes, se han concentrado siempre más en el número de grandes monumentos desaparecidos en ese incendio que en cosas por definición precederías como la gente misma.

Es esa marca cuantitativa de lo monumental por encima de las personas lo que ha definido a Roma como eterna. Esta eternidad, en desmedro de sus ciudadanos, es una versión mitificada de la razón de Estado identificada de manera espacial y monumental en el discurso urbano. Son estas perspectivas las que dibujan aquello que hace que David Harvey defina todo trazado urbano como una moral espacializada, o si se prefiere, como un poder específico puesto en escena.

La visión de esa estructura de poder desde esta terraza que es el mirador Camogli aquí en el cerro Yungay en Valpo a las seis de la tarde: la hora en que se prenden sincronizadamente las luces de los postes y ascienden en cámara lenta los escolares y la población de a pie.



Ejemplar del libro *Margins and Institutions* de Nelly Richard.



Ejemplar de *Quema de libros* de Juan Mejía Baca.

Patricios porteños que languidecen su ocio en la terraza al anochecer mientras Roma arde en llamas. Que lo mismo ven el atardecer o el incendio aferrados a su control remoto en la tele. Que lo mismo hacen listas de cosas que aman o que detestan. Con ese aire contemplativo, dice Marker en *Sans Soleil* acerca de otra parecida aristocracia: con esa sensación reconfortante de melancolía. Y uno diría también que con cierto horror.

Pero los incendios queman tantas cosas. Entre los escombros carbonizados, aun a pesar de las tareas de reconstrucción en proceso, quedan sin querer los restos de las vidas domésticas desperdigadas en las cenizas. Y quedan también las estructuras inutilizables y los grandes vacíos. Queda también aquello que era la biblioteca comunal que un profesor universitario había armado en su propia casa y que fue hecha polvo por el fuego, ya no sé bien en cuál de los cerros de Valparaíso para ser exactos, pero en cuyo terreno estamos de pie y que ha sido donado a la comunidad por el propietario mismo para su reconstrucción total al servicio de todos. Si mal no recuerdo, **siguiente** sólo luego de un incendio en mi propia habitación, causado por una vela durante un apagón limeño, pocas cosas arden tan bien como los libros. Y aunque no ardan del todo, el agua no mejora en absoluto los resultados. Esa noche de un atentado dinamitero que sabotó varias torres de alta tensión ardieron mis libros, mi computadora y varios textos y poemas en papel que quizás merecían el fuego. Entre el lodazal hecho de cenizas, pulpa de papel y agua del día siguiente solo rescaté, a medio quemar, una edición cubana de los poemas completos de Lezama Lima, gorda como su autor, unos collected books de Jack Spicer y la edición australiana, la primera, de *Margins and Institutions*, de Nelly Richard. La sola visión de ese ejemplar a medio quemar con la foto del frontis del Bellas Artes y el



Quema de libros en Argentina, 1978.

subtítulo de *Art in Chile since 1973* me estremecen en el recuerdo de ese incendio traicionero. Todas esas visiones así superpuestas: el violento año de año y dinamita del apagón, el aciago año del 73, el borde del papel quemado de la foto de la institución en el libro, todo eso junto me corta más que un poco la respiración. Abro el libro de Spicer que ahora ya quemado empieza más de cuarenta páginas después. Pero aún se puede leer: Cuando la casa se derrumba piensas/Si alguna vez habrá poesía./ Y cuando tiembles en las vigas piensas / Si alguna vez habrá poesía./ Cuando la casa se derrumba tiembles/ En el hueco maderamen de tu poesía.

De todos los incendios este. De todas las bibliotecas ardiendo en pleno día y sin la romantización del fuego de noche. De todas las piras llenas de libros elevando su humo hacia el sol. De todas las quemas, de todos los saqueos, de todos los despojos, de todos los fuegos. Es el mes de mayo del año 1933 y Goebbels coordina y lleva a cabo la quema de libros despreciados por el régimen en más de veinte ciudades alemanas. Ese es el referente moderno de un gesto a partir de entonces demasiadas veces repetido. Las quemas se hacen a vista y paciencia de todo el mundo: son una alerta y un escarmiento. Y son el adelanto de algo peor, que no se verá tan fácilmente. La escena habrá de repetirse en varios momentos y en varios lugares. En septiembre de 1973 Ariel Dorfman ve, desde la ventana de su refugio de asilado en la embajada argentina en Santiago, los camiones militares que se llevan cientos de miles de ejemplares confiscados de los talleres de la editorial Quimantú. Durante varios meses, las quemas públicas de libros se reproducen a manos de la dictadura y son, de nuevo, una alerta y escarmiento y la parte visible de algo peor. Ese día Dorfman contempla el paso de "vagones repletos hacia su Auschwitz chileno". No hay tales vagones vistos por Dorfman, evidentemente, sino camiones. Pero la referencia

metafórica a los trenes mortuorios de la Shoa reproduce el escalofrío indeleble de lo sucedido apenas treinta años antes en territorio europeo, y acaso también la idea de que resulta igualmente imposible detenerlos. Ese día Dorfman "ve" igualmente los títulos de los libros ardiendo en la pira, incluido el suyo propio. Pero en esa visión metafórica, Dorfman en realidad ha adivinado con clarividencia la derrota de un proceso ya truncado para el porvenir. Siete años más tarde, en otra dictadura, un juez argentino dispone la quema de un millón y medio de ejemplares (el cálculo es de más de cinco toneladas de papel) del Centro Editor de América Latina, CEAL, en una tierra baldía del partido de Avellaneda, al sur de Buenos Aires. Desde su fundación en el 66 los colaboradores del CEAL han sido encarcelados o cazados por la Triple A y la orden emitida "jurídicamente" para la incineración de libros incómodos para el régimen es el corolario material y simbólico de una lección aprendida a golpes y el recuerdo de que fuego, desaparición y muerte suelen ir de la mano. Otras fogatas se preparan en países vecinos, pero son nuevamente las seis en Valparaíso y llueve. Abajo refulge el collar de luces prendidas cerca del puerto. Escolares se arremolinan bajo un único paraguas, dan forma a una especie maltrecha de flor.

A diferencia de las atrocidades ahora conocidas, que permanecieron en el reino invisible del topo, la confiscación y las quemas de libros y archivos fueron en general actos públicos de escarmiento. Pero no en el Perú.

En 1967, bajo el gobierno del arquitecto Belaunde, el editor y librero limeño Juan Mejía Baca denunció la existencia de un index secreto y de una autorización gubernamental para la quema de libros, luego de la sangrienta represión de los levantamientos campesinos del 62 y del brote guerrillero del 65 en el que fuera ejecutado, entre varios otros, el joven poeta Javier Heraud, luego de su rendición.

Las quemas y las ejecuciones constituyen un ataque directo a la memoria y a los proyectos futuros desprendidos de ella y sobre todo también la destrucción sistemática de la red de afectos ahí contenida. Un golpe dirigido a la subjetividad o, como también se ha formulado en el caso chileno, un golpe estético en la imposición institucional de nuevas reglas y paradigmas visuales y de conducta.

Es en ese punto que en ese día de septiembre del 73 Ariel Dorfman ve oscurecerse el horizonte histórico y, a diferencia de los protagonistas de Hopper, presta atención y observa el ocaso del "fruto del esfuerzo colectivo del país" por una emancipación que ya no tendrá lugar, ni siquiera en la imaginación futura. Pero ni Dorfman mismo, emitiendo desde su metáfora sobre Auschwitz, es capaz de prever una nueva reencarnación regional de los crematorios industriales. Aun sin la metódica precisión y frialdad de la "solución final", se calcula que en los hornos del cuartel Los Cabitos, en la ciudad Huamanga, Ayacucho, se llegaron a cremar cadáveres de centenares de civiles de diversa extracción, acusados arbitrariamente de colaborar con Sendero Luminoso (SL). Secuestrados en sus domicilios, salvajemente torturados, luego sumariamente asesinados de un tiro en la nuca, fueron enterrados primero en los alrededores del cuartel, en quebradas y en los llamados botaderos, durante los tres primeros años de su funcionamiento. Dos años después, como parte de una nueva orden de encubrimiento, fueron desenterrados para ser cremados conjuntamente con sus pertenencias. Siendo centro de operaciones antisubversivas desde 1982, el cuartel Los Cabitos 51 funcionó durante varios años como el punto principal de una red de 60 bases militares desperdigadas en los tres departamentos de la zona de emergencia. Del largo infierno de su operatividad, aún se ignora con exactitud el número de cremaciones llevadas a cabo. Solo un centenar de restos, incluyendo

niños y fetos, fueron hallados enterrados bajo el desmonte del falso horno de lo que simulaba una ladrillera abandonada. A diferencia de los demás casos citados en este texto, la incineración industrial de cuerpos, de ropa, de documentos en Los Cabitos careció por completo de visibilidad y de sospecha, no obstante realizarse prácticamente dentro del casco urbano de Huamanga. De hecho, si hay algo que caracteriza estas y otras monstruosas hogueras en los Andes peruanos es la ausencia absoluta de imágenes y el tajante secretismo militar en el que se desarrollaron, con plena complicidad de autoridades judiciales y gubernamentales. Pero a la caza de imágenes se encontraban precisamente los ocho periodistas y fotógrafos enviados desde Lima en 1983 cuando fueron atacados y asesinados a machetazos y pedradas en el caserío de Uchuraccay, a manos de un grupo de comuneros que había recibido órdenes de expulsar intrusos de parte del comando militar de la zona. En realidad, la reconstrucción del suceso se pudo llevar a cabo a través de las imágenes extraídas de los rollos de película encontrados en las cámaras rotas y recuperadas de los reporteros. Pero por el resto, de los sucesos de aniquilación y cremación de la población civil ayacuchana detenida y desaparecida de esos años, solo se puede decir, retomando un giro de Didi-Huberman acerca del estatuto de la imagen y el contexto de los hornos crematorios de la "solución final", que esta sigue siendo una experiencia desimaginada. No obstante, a diferencia de los campos de exterminio del nazismo, esta quizás sí fuera "imaginable".

En la concepción de formas de aniquilar vida y memoria de la población civil, la variante peruana de la hoguera no realizó simulacros de civismo, tampoco gestos ejemplares. El propio SL realizó por su cuenta incursiones de quema de archivos y bibliotecas, además de cruenta liquidación de animales y de civiles.

Entre principios de los ochenta y mediados de los noventa la confiscación y quema de libros fue parte de un operativo militar cotidiano. También, como en otras experiencias regionales, lo fue la autocensura. Una nota periodística de 1984, por ejemplo, da cuenta de una denuncia en la que los estudiantes de la Universidad de Huamanga se han empezado a deshacer de libros tirándolos en plena Alameda para evitar ser detenidos. Diez años más tarde, algo similar pasaría a manos de sus propios dueños en la quema y entierro de copias de la carpeta de grabados llamada *Carpeta negra*, realizada por colectivo de artistas y arquitectos N.N. Un año anterior al intento de incineración de los cuerpos de los estudiantes y un profesor de la Universidad de La Cantuta, asesinados en 1992, un

congresista denunció el saqueo y quema de libros de la biblioteca de dicha universidad. Posteriormente, los propios restos del profesor y los alumnos secuestrados de sus habitaciones por las fuerzas del Estado fueron encontrados calcinados en una quebrada en las afueras de Lima.

De las altas temperaturas de la cremación se salvaron un manajo de llaves, las mismas que al ser probadas en las puertas de los dormitorios estudiantiles permitieron identificar plenamente los restos y poner en evidencia a sus secuestradores, posteriormente amnistiados, actualmente aún impunes. Así el empleo del fuego como herramienta favorita de desaparición. Así la obliteración de todo. Así el desdén. Así también el apodo de "Kerosene" para el más célebre de los represores de aquel período, un psicópata al servicio del Estado, cuyo verdadero nombre, inútil en este momento, dejaré para baldón de la historia.

La lista sigue. Y los incendios también. Pero es preciso acabar. Salgo a caminar y respirar el aire frío de esta tarde. Me esperan las calles que bajan del cerro en dirección al puerto. Dispuestos a seguirte o saltarte al cuello con la misma alegría, se reacomodan los perros románticos en las esquinas de Valparaíso.